

22

INFORME
ESPAÑA
2 0 1 5

Homenaje a
José María Martín Patino

Fundación Encuentro

Equipo de dirección y edición

Agustín Blanco • Antonio Chueca • Giovanna Bombardieri



Edita: Fundación Encuentro
Oquendo, 23
28006 Madrid
Tel. 91 562 44 58 - Fax 91 562 74 69
correo@fund-encuentro.org
www.fund-encuentro.org

ISBN: 978-84-89019-43-0
ISSN: 1137-6228
Depósito Legal: M-37865-2015

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Antonio Alonso Martín, s/n - Nave 10
28860 Paracuellos del Jarama (Madrid)



Gracias a la Fundación Ramón Areces, la Fundación Encuentro dirige el Centro de Estudios del Cambio Social (CECS), que elabora este Informe. En él ofrecemos una interpretación global y comprensiva de la realidad social española, de las tendencias y procesos más relevantes y significativos del cambio.

El Informe quiere contribuir a la formación de la autoconciencia colectiva, ser un punto de referencia para el debate público que ayude a compartir los principios básicos de los intereses generales.



VNiVERSiDAD
D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

Capítulo 17

CUANDO VUELVA A SALIR EL SOL: POSCRISIS, PARTICIPACIÓN Y SOCIEDAD CIVIL

465

Chaime Marcuello Servós y Carmen Marcuello Servós

1. Introducción 467
2. La crisis como transformación 468
3. Mirando más allá: poscrisis 475
4. Unas prescripciones posibles 480
5. Para cuando el sol se esconda 483

Parte Cuarta

SOCIEDAD Y POLÍTICA

Capítulo 17

CUANDO VUELVA A SALIR EL SOL: POSCRISIS, PARTICIPACIÓN Y SOCIEDAD CIVIL

Chaime Marcuello Servós
Carmen Marcuello Servós
GESES, Universidad de Zaragoza

1. Introducción

Si somos optimistas, un día de éstos ya no hablaremos de la crisis de 2008 porque se habrá terminado. Dejaremos de darle vueltas a las políticas y las decisiones que la causaron, dejaremos de lamentarnos por los daños que ha provocado y, posiblemente, escampará el rastro de la tormenta social que produjo. Los más animados dicen que esto ya está sucediendo. La crisis va quedando atrás. Algunos incluso sostienen que ya estamos en la senda del crecimiento y que falta muy poco para recuperar la riqueza perdida. Como si recurriendo a esas cifras macroeconómicas —mitificadas y mistificadoras— se resolvieran los problemas básicos, las heridas sociales que se han abierto con el cierre de empresas, los años de paro, reformas y recortes en las políticas públicas.

Ahora bien, si por alguna razón no se comparte esa opinión —sin instalarnos en el pesimismo radical de quienes sostienen que todo puede ser peor o de quienes mantienen que estamos en una etapa que nos va a conducir al colapso del sistema—, entonces caben algunos matices. Todavía no estamos como para lanzar las campanas al vuelo. Todavía queda mucho para que vuelva la calma y el ciclo de las vacas flacas termine. Y quizá tengamos que aceptar que no volveremos a estar donde estábamos. No porque nos hayamos hecho *heracliteanos* y creamos que nunca nos podemos bañar en el mismo agua, sino porque quizá sea pertinente reconocer que la crisis ha cambiado el escenario: ya no recuperaremos hábitos y rutinas que antes se aceptaban, ni tampoco el mundo será el que era. Ojalá hayamos aprendido de los errores cometidos. Los cambios provocados por la crisis no han sido superficiales. Algunos han venido para quedarse.

En cualquier caso, pasará el tiempo y con ese devenir de los días tendremos la suficiente perspectiva para hablar de los hechos con la distancia pertinente. Si buscamos en la historia etapas similares, podemos aprender de lo que sucedió con la crisis de 1929; quizá serán necesarios veinticinco años para formular una explicación completa y acertada como la que hizo J. K. Galbraith en 1954¹. Eso significa que necesitaremos estar vivos en el

¹ Galbraith, J. K. (2008): *El crash de 1929*. Barcelona: Ariel.

año 2033 para comprobarlo. Entonces tendremos más datos para analizar cómo culminan los procesos sociales, políticos, económicos que se han activado a partir de 2008 y tendremos también los resultados de las decisiones que se han ido tomando, sin duda acompañados de otras sorpresas impensables hoy. Muchas de las cosas que ahora nos parecen obvias serán puestas en cuestión y, quizá, quienes vivan podrán recordar estos años con melancolía.

Salvo que nuestro cosmos deje de ser como es, el sol volverá a salir. Y eso nos sitúa en una clave que no es sólo prospectiva, es también anticipatoria de la voluntad. Hay opciones, hemos de tomar decisiones colectiva e individualmente. Sabemos que muchas de las cosas que nos pasan suceden de manera irremediable, no podemos hacer nada ante los acontecimientos. Pero queda un resquicio. Porque, como se dice en sociocibernética, las cosas no sólo suceden por azar. En ese margen es posible trazar rumbos como sociedad y como sujetos. En ese espacio para la participación en la vida pública, en la vida cotidiana donde ejecutamos pequeños y grandes actos –sea como consumidores y/o como ciudadanos– es donde queremos situar nuestra aportación al informe de 2015 de la Fundación Encuentro.

En los apartados que siguen retomaremos asuntos ya estudiados en informes anteriores respecto al Tercer Sector y la solidaridad de la sociedad civil organizada pero también nos permitiremos hacer un ejercicio de anticipación. En la primera sección planteamos una síntesis descriptiva que permite mirar lo sucedido, para pasar, en una segunda sección, a la formulación prospectiva de la poscrisis en este ámbito y, tercero, a una aportación “prescriptiva” sobre las formas de participación. Por último, propondremos unas ideas a partir de las cuales seguir pensando.

2. La crisis como transformación

En el *Informe España 2013*, analizábamos los efectos de la crisis en la solidaridad de la sociedad española. En aquel capítulo IV, retomando una trayectoria de reflexión y análisis que se inició en los informes de la fundación hace ahora veinte años, proponíamos cinco grandes líneas para interpretar la situación del Tercer Sector. En primer lugar, decíamos que este sector había pasado del reconocimiento y expansión a la incertidumbre. En segundo lugar, destacábamos el problema de la información deficiente respecto a la sociedad civil y la economía social, con dificultades para el análisis y falta de transparencia. Tercero, recordábamos nuestra herencia autoritaria y sus efectos en una *res publica* por construir. Cuarto, aportábamos una descripción del sector, que se caracteriza por su heterogeneidad y, además, estaba y está poco articulado. Por último, en quinto lugar, afirmábamos que la crisis se podía convertir en un punto de inflexión que termi-

nase llevando a una mayor independencia, madurez y corresponsabilidad. Ha pasado el tiempo y estas cinco tesis interpretativas siguen siendo válidas, no hay cambios reseñables en la red de fenómenos donde se sustentaban.

En términos generales, considerando el conjunto de España y sabiendo de las diferencias por territorios, el reconocimiento del papel de la sociedad civil y de la solidaridad organizada ha sido paulatino, aunque sigamos estando en franca debilidad si se compara, por ejemplo, con los países del norte de Europa. En nuestra sociedad el espacio público y lo público sigue siendo un lugar de desencuentros y tensiones, más que un espacio clave para el ejercicio de la responsabilidad individual y colectiva. La escasez y la austeridad sobrevenida con la crisis poco han cambiado las tendencias, aunque sí ha incrementado la desigualdad².

Los primeros años del siglo XXI correspondieron a un tiempo de bonanza económica, donde parecía que el crecimiento sería eterno. España era un país *atractor* de población inmigrante. Incluso se legislaba para controlar el *efecto llamada*; se apuntaban las líneas maestras de consolidación del cuarto pilar del Estado de bienestar, que, por fin, parecía asemejarse al de nuestros homólogos de la Unión Europea; y nuestras aportaciones a los programas de cooperación al desarrollo alcanzaron niveles nunca antes vistos³. Esto impulsó las actividades de solidaridad y de responsabilidad social entre todos los actores sociales –de forma destacada, al menos nominalmente, entre las grandes corporaciones–. Incluso se proponía el ejercicio de una ciudadanía responsable que canalizaría esa dimensión a través de la colaboración entre el mundo empresarial y el sector no lucrativo. Sin embargo, el impacto de la crisis iniciada en España en 2008 supuso un cambio brusco que ha terminado llevándose por delante muchas de aquellas iniciativas generadas en tiempos de expansión. A la vez que, siete años después, también ha permitido mostrar que las entidades que forman el conglomerado heterogéneo de la economía social –planteando las relaciones en el sistema de un modo distinto, centrado en las personas– también han sido capaces de resistir ofreciendo mejores indicadores que la economía del capital. Según CEPES, “la Economía Social en España, ha creado más de 29.000 empresas y 190.000 puestos de trabajo durante los últimos seis años. Asimismo el 80% de los contratos en las empresas de Economía Social son de carácter indefinido con una apuesta clara de generar empleo estable y de calidad y esto se debe a que es un modelo empresarial que apuesta por la reinversión de los beneficios para el mantenimiento de los puestos de trabajo, incluso por Ley en algunos casos. Además, la Economía Social está ayudando a salvar

² En este sentido es conveniente consultar Cavero, T. *et al.* (2015): *Europa para la mayoría, no para las élites*. Informe de Oxfam 206. Disponible en: <https://oxfamintermon.s3.amazonaws.com/sites/default/files/documentos/files/europa-mayoria-no-elites.pdf>

³ Para más información, datos y análisis, consultar el portal de transparencia y vigilancia de la cooperación española: <http://www.realidadayuda.org/>

centenares de empleos y empresas en crisis a través de las Transformaciones Empresariales de empresas mercantiles en empresas de Economía Social”⁴.

La inercia del crecimiento económico se truncó y hemos recuperado la casi olvidada condición de país de emigrantes⁵, con un importante flujo de jóvenes y talento que ha tenido que salir de nuestro país. Se recortaron las promesas derivadas de la llamada popularmente *ley de la dependencia*⁶ y nos alejamos, de nuevo, de esos países del norte a los cuales nos queríamos parecer. Entramos en un proceso de ajustes que primaba la cuestión económica para superar la crisis frente a cualquier otro objetivo social. Nuestro Tercer Sector, la economía social, también se resintió. El desempleo golpeó a la mayoría de las familias y sus efectos se han dejado notar de manera dramática y continuada, de tal modo que se ha convertido en una suerte tener un salario de *mileurista*, que, no olvidemos, antes de la crisis se consideraba una miseria. En estas circunstancias, las organizaciones del Tercer Sector se han comportado de manera heterogénea, tal y como es el propio sector, priorizando a las personas. La crisis ha supuesto, en general, una mayor insuficiencia económica, con restricciones en actividades y servicios; ha tenido más impacto en aquellas entidades que dependían de las Administraciones Públicas, eliminando en la práctica a las organizaciones que no tenían suficiente autonomía financiera. La austeridad y la sobriedad, que formaban parte de la gestión tradicional de muchas entidades, se han convertido en la regla general de gestión.

Mientras que los datos macroeconómicos parecen mostrar la senda de la recuperación e incluso del crecimiento de la economía española, estas buenas noticias –tan aireadas por el Gobierno– no llegan a notarse de manera efectiva en la vida cotidiana de las familias, en la eliminación del desempleo, en la subida de salarios o en la superación de los miedos y la incertidumbre. Las formas de solidaridad organizada parece que se han reorientado y se han reestructurado. Esto da pistas para pensar que se han de recomponer para continuar con el proceso de adaptación a una relación diferente con las Administraciones, con el sector lucrativo y con la gente normal y corriente. Si atendemos a la opinión publicada, ha primado el activismo de movimientos ciudadanos agrupados en distintas “mareas”, que han canalizado diferentes formas de indignación, protesta y resistencia. Si se entra a analizar con detalle esas mismas movilizaciones y plataformas, las cifras de participación y de compromiso hay que matizarlas. Con todo, cabe pensar que sus efectos se han notado en las elecciones municipales y

⁴ www.cepes.es

⁵ Según datos del INE, en 2013 se registró un saldo migratorio negativo de 256.849 personas, en 2014 se redujo, pero también tuvo un saldo migratorio negativo de 102.309 personas: <http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=%2Ft20%2Fp277&file=inebase&L=0>

⁶ Nos referimos a la Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia.

autonómicas de mayo de 2015. En buena medida han sido aprovechados por los nuevos partidos, –como Podemos, Ciudadanos– o coaliciones locales –como Ahora Madrid, Barcelona en Comú, Zaragoza en Común...– para doblegar el bipartidismo y, al mismo tiempo, reorganizar parte del mapa político.

En las urnas se ha expresado un cambio de tendencia que puede interpretarse al menos de dos maneras: una, como la demanda de una revisión de las rutinas de los últimos cuarenta años de democracia y, otra, como la urgencia de incorporar a “la gente” y sus necesidades en la primera línea del discurso político. La sociedad civil organizada de distintas maneras y modos, con variantes y peculiaridades por ciudades y autonomías, ha despertado a una ciudadanía que parecía aletargada por el consumo creciente, por las dinámicas individualistas del capitalismo tecnológico y global de esta etapa o por las formas alienadas de aceptación fatalista de la realidad.

Ese letargo en la participación ciudadana había permitido la degradación de las costumbres en la gestión de las cosas comunes. Rara vez se ha actuado de manera vigilante y proactiva ante la gestión de las Administraciones, ante la adopción de decisiones políticas o cambios de rumbo, o en la supervisión de presupuestos en ayuntamientos e instituciones. Salvo en aquellos casos conflictivos y beligerantes que conseguían aglutinar voluntades y movilizar a grupos de interés significativos, la implicación y el compromiso han tendido a brillar por su ausencia⁷. En esto las formas de participación ciudadana han derivado hacia formas de presión y protesta política, como han sido los objetivos de las llamadas “mareas” ciudadanas, que han adoptado casi la totalidad de colores del arcoíris. No obstante, la herencia autoritaria y el caciquismo siguen pesando y, como ya dijimos en su momento, pueden servir como explicación para comprender esa distancia y apatía ante lo público y compartido.

Además, la crisis económica se tiende a interpretar o bien en términos de *fatalidad* –como efecto de esa inevitable globalización que nos impone ritmos externos donde no nos queda más remedio que adaptarnos a los mercados– o bien como *reproche* de unos a otros –sea por incapaces en la previsión o sea por su impiedad en primar reformas y ajustes sin prestar apenas atención a sus efectos sociales–. Junto a esto, en los dos últimos años ha explotado un conjunto de miserias morales y sociales, protagonizadas por personas concretas, a primera vista toleradas por muchos, de aprovechamiento sin ninguna vergüenza del erario público. Está todavía por ver cómo terminan las personas imputadas en los innumerables casos de corrupción

⁷ Puede parecer y sonar exagerado, pero basta con preguntar a las juntas de las asociaciones de padres y madres de alumnos para averiguar cuántas familias asisten a las asambleas; incluso en cuestiones mucho más prosaicas como las reuniones de comunidades de vecinos las dinámicas son similares. Sólo cuando hay un interés explícito o un conflicto la asistencia y ratios de participación cambian.

y otros escándalos. Precisamente, en esos casos se muestra otra dimensión de la crisis, que se ha confirmado como crisis moral que parece también remover las estructuras sociales. Y podría empujar hacia un cambio en la tendencia de participación ciudadana y organización de la sociedad civil. Algo que está por ver, porque las cifras disponibles y las encuestas sobre voluntariado, participación y uso del tiempo nos muestran que seguimos con las mismas inercias. La mayor parte de la población se mueve entre su trabajo y la familia, para ganar salarios cada vez más ajustados, con poco margen para la organización social.

Por otra parte, no debemos olvidar una herencia sociopolítica donde la sociedad ha tenido una posición secundaria respecto al poder del Estado. Un Estado que en España ha sido durante mucho tiempo represor antes que garante, opresor antes que protector, autoritario antes que democrático, opaco antes que transparente... entre otras características. Esto ha producido unos efectos sociales que ya se analizaron en las obras de Linz⁸, Montero⁹, Pérez Díaz¹⁰, etc. O más recientemente por otros autores como Riley y Fernández¹¹, que postulan un marco teórico distinto y quieren superar la oposición entre las teorías de Hegel y Tocqueville, desde un enfoque abajo-arriba frente a otro arriba-abajo, para explicar cómo emerge la sociedad civil organizada. En su caso recurren a Gramsci¹² para considerar dos dimensiones: la organizacional –fuerza organizativa– y la relacional –autonomía política–. De ese modo intentan mostrar las diferencias entre España e Italia en este campo, que aquí nos sirven para retomar su afirmación de los efectos del autoritarismo en la desmovilización de la sociedad. Sin pretender discutir ese análisis, lo que seguro que sabemos es que en España hay una historia económica distinta que va acompañada de la distribución social del miedo y la garantía familiar del bienestar. En España ni se podía confiar radicalmente en el Estado y sus Administraciones, ni se podía discrepar de sus bondades. Eso generó durante muchos años un poso de recelo y de duda que, además, se trasladó en la práctica a las estructuras sociales. Seguimos confiando más en la familia y en la red de amigos que en ninguna otra ins-

⁸ Por ejemplo, Linz, J. J. (1970): "An Authoritarian Regime: Spain", en Allardt, E. y Rokkan, S. (ed.): *Mass Politics: Studies in Political Sociology*. Nueva York: Free Press (pp. 251–283).

⁹ Linz, J. J., y Montero, J. R. (1999): "The Party System of Spain: Old Cleavages and New Challenges", *Instituto Juan March Working Papers*, 1999/138.

¹⁰ Pérez-Díaz, V. (1987): *El retorno de la sociedad civil*. Madrid: Instituto de Estudios Económicos; ídem (2003) "De la guerra civil a la sociedad civil: el capital social en España entre los años treinta y los años noventa del siglo XX", en Putnam, R. (ed.): *El declive del capital social*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores (pp. 427-489).

¹¹ En este sentido merece la pena leer Riley, D. y Fernández, J. J. (2014): "Beyond Strong and Weak: Re-Thinking Post-Authoritarian Civil Societies", en *American Journal of Sociology*, 120, 2, (pp. 432-503).

¹² Gramsci, A. (1971): *Selections from the Prison Notebooks*. Nueva York: International Publishers.

titución social. De hecho, sin la solidaridad intrafamiliar y de amistad los efectos de la crisis habrían sido aún peores.

Las cosas comunes no se han vivido igual en las distintas zonas de España. Las condiciones históricas y económicas han generado diferencias entre el mundo urbano y el rural, entre el interior y la costa, entre la montaña y el llano. Y eso se ha notado también en las formas de organización de la sociedad civil y en la capacidad para crear redes de apoyo mutuo. Una tarea pendiente, en la que estamos, es cartografiar las formas de solidaridad en España. Los datos disponibles podrían ser mejores, como luego insistiremos. Lo que hay nos muestra que el trabajo voluntario crece lentamente, mientras que las donaciones van en dirección contraria. Según el Barómetro del CIS, el porcentaje de personas que realizaban algún tipo de trabajo voluntario pasó del 14,1% en 2011 al 16,3% en 2013. En el mismo período, el porcentaje de aquellos que habían hecho alguna donación de dinero se redujo del 26% al 24,3%.

Además, la homogeneidad de aquella España de Franco, con su nacionalcatolicismo como impronta fundamental, ha sido paulatinamente sustituida por un conglomerado heterogéneo de formas sociales y cosmologías diversas. Aunque la vieja tentación de expulsar a “judíos y moriscos” –es decir, de eliminar del entorno de proximidad a los diferentes y sus diferencias en el modo de entender la vida– parece haberse erradicado, no es así de forma completa. Con más facilidad de la deseable tendemos a plantear polarizaciones que corresponden con esa lógica que niega la pluralidad y cultiva el sectarismo. No sólo en asuntos identitarios, religiosos o políticos... todavía cuesta que las diferencias sean percibidas como riqueza y no como amenaza.

El hecho de organizarse colectivamente también está marcado por esa herencia. Sigue costando ver al otro organizado desde la lealtad y no desde la discrepancia y la competición por los recursos. El otro, distinto, se vive como amenaza. Un ejemplo palmario donde aflora esta tendencia lo encontramos en las posiciones de algunas plataformas que aúnan asociaciones de padres y madres de alumnos ante asuntos del sistema educativo¹³. O en posiciones donde un asunto polémico suscita la posibilidad del

¹³ Una muestra que sirve para entender el fenómeno es la reciente red de organizaciones denominada Grupo Contra los Conciertos Educativos, formado en Aragón por CGT, CHA, IU, MHUEL y STEA. Ya no es una coordinadora o una plataforma contra una acción tomada por la Administración Pública en un campo específico, como en su momento fueron la Coordinadora contra los pantanos, o la Plataforma en defensa del Ebro... En este caso todo “concierto” tiene una parte concertada, que es la que corresponde a colegios de titularidad privada que prestan un servicio público gestionando fondos públicos desde un ideario o carisma particular. En más de una de estas luchas en defensa de lo público también se detecta una cierta intransigencia acrítica con la iniciativa privada, sin hacer distinciones, ni diferenciar su carácter lucrativo o sin ánimo de lucro, eclesial o no...

enconamiento. Borrar la discrepancia es la solución que no se puede tolerar y la que no hemos de repetir. De hecho, si recordamos las ideas de Niklas Luhmann¹⁴, una condición básica para un sistema democrático es que el Gobierno cuente con una oposición efectiva. La solidaridad sectaria puede dotar de muchas fuerzas y energías compartidas, pero no sirve, ni es de suyo inteligente.

El punto de inflexión se produce al sustituir esas tendencias por la fortaleza que deriva de la pluralidad, de la eliminación del clientelismo y del cultivo de las estrategias del “todos ganan”, frente a la corriente más extendida de “quien gana, se lo lleva todo”. Una corriente que, por otra parte, tiene difícil sustitución en “la cultura del nuevo capitalismo”, tal como la describía Richard Sennet¹⁵, donde la erosión y desarticulación sistemática de las burocracias del bienestar no ha producido mejoras en la vida de las personas.

Desde la perspectiva de Sennet, se han generado tres carencias o defectos. Primero, en relación con el tiempo social, se han roto rutinas, se ha fragmentado la experiencia colectiva como consecuencia del cortoplacismo y el beneficio rápido. Segundo, la experiencia se ha sustituido por la versatilidad, el riesgo, la flexibilidad; de alguna manera se abandona el dominio en profundidad de las habilidades por una superficialidad adaptativa a la hora de valorar el talento y las habilidades. Tercero, la erosión y debilitamiento de la confianza y la lealtad tanto con las instituciones como en las relaciones personales y colectivas; aunque no lo dice Sennet, su enfoque se puede conectar con la crítica a esa forma de amor que es eterna mientras dura. Una manera de vivir procesada desde la inmediatez de las comunicaciones facilitadas por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), con su imperiosa urgencia de respuesta y la falta de silencio ambiental o atmosférico, si cabe la expresión, pues estamos llenos de más bytes y datos de los que podemos digerir conscientemente. Esto, además, en un mundo de relaciones sociales donde se puede tener miles de amigos tan falsos como los que se aceptan en las páginas de Facebook o donde las apariencias de impacto son medidas en función del número de seguidores de una cuenta de Twitter.

Estas circunstancias también tienen su correlato en las maneras de entender la participación social y las formas de organizar la sociedad civil. De hecho, si algo ha aflorado con la crisis es un abanico de posibilidades de distribución de la información, de los datos, de las conexiones no intermediadas, con un posicionamiento aparentemente directo de las personas ante los demás, defendiendo sus propios intereses, sin necesidad de representaciones políticas. Las TIC, por su parte, han introducido una serie de

¹⁴ Luhmann, N. (1993): *Teoría política en el Estado de Bienestar*. Madrid: Alianza Editorial.

¹⁵ Sennet, R. (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

mutaciones en las formas de organización social relevantes en el asunto que nos ocupa. No obstante, yendo más allá de Sennet, la ruptura de los moldes sociales, la sustitución de la visión piramidal y jerarquizada del orden social también ha supuesto una entrada de aire fresco en la sociedad española. Quizá ese modo de entender el pasado es incompleto, más en el caso de España por las singularidades en la incorporación al capitalismo y la sociedad de consumo: este nuevo capitalismo es mucho más eficiente y autoritario de un modo más sutil que el que se vivía a mediados de los 70. Como también son distintas las formas de participación ciudadana y la lucha por las libertades que, ahora, se dan por supuestas.

3. Mirando más allá: poscrisis

Para muchas entidades de la sociedad civil organizada, este tiempo de crisis ha acentuado un problema de sustitución generacional que no es nuevo y arranca de bastante antes. Las personas de la generación que fue activa y luchadora frente al régimen franquista, que peleó por conquistar la democracia, que construyó buena parte del tejido asociativo de fin del siglo XX, han dado forma al Tercer Sector desde un voluntarismo incombustible y militante. Sin embargo, en estas organizaciones se ha producido el envejecimiento de personas activas y el declive de dinamización de sus asociados y de captación de personas voluntarias. Al igual que el tiempo y la edad pasan para cualquier individuo, lo mismo sucede en las organizaciones; si no se piensa con antelación, se producen colapsos. Incluso en algunas asociaciones que han conseguido importantes cotas de prestigio se dan fuertes debates sobre cómo atraer a gente más joven o, simplemente, “sangre” nueva que se comprometa con sus objetivos. Pues corren el riesgo de desaparecer por falta de mimbres. Es un problema que se detecta tanto de forma intuitiva en el contacto directo con distintas organizaciones como en las encuestas sobre voluntariado y participación, que viene de lejos y que en informes anteriores de la Fundación Encuentro ya se ha analizado. ¿Cuántas son las entidades que tienen dificultades serias en su continuidad o cuántas desaparecen porque no han tenido procesos de sustitución tanto de sus líderes como de sus bases? La casuística puede encuadrarse en un *continuum* que discurre entre el personalismo de líderes carismáticos que, aun ejerciendo brillantemente su función, no tienen visión a largo plazo, y la acción colectiva que, pese a las posibles discrepancias, construye mecanismos de cooperación evitando las dependencias. Las formas de gestión y liderazgo interno son cruciales a este respecto, pero también el contexto.

Estructuralmente, en España la dinamización del tejido asociativo nunca fue una tarea prioritaria, como mucho se quedó en buenas palabras. Ni los distintos Gobiernos ni los partidos políticos tomaron como tarea actualizar el derecho de asociación –que la Constitución de 1978 había pue-

to en una perspectiva distinta de la regulación franquista de 1964– hasta el año 2002¹⁶. Las lógicas gubernamentales más bien recurrían a un edulcorado *despotismo ilustrado* que tendía a tutelar redes asociativas clientelares. Hasta bien entrada la década de los 80 la idea de organización no gubernamental (ONG) apenas se conocía y se utilizaba. Las protestas del 0,7%, con las acampadas en distintas ciudades españolas y las huelgas de hambre, supusieron un “aldabonazo”, como expresó el entonces presidente Felipe González¹⁷. Aquello marcó un antes y un después en las ONG, que inicialmente eran aquellas que se dedicaban a cuestiones de desarrollo y cooperación, para después extenderse como siglas que convocaban a una acción distinta. Unas siglas que tuvieron éxito en las organizaciones que querían distinguirse del Gobierno y de sus servidumbres. Éstas más tarde fueron incorporadas como distintivo al resto de los sectores, lo que obligó a poner apellidos. Como han sido, entre otros, las ONG de acción social, las medioambientales, las de mujeres... o las ONGD, con la D de desarrollo, siendo una forma también de presentar y entender el capital social de nuestra propia sociedad¹⁸.

Teniendo en cuenta la perspectiva actual, ¿qué podemos anticipar? ¿Hacia dónde vamos en esta etapa que vislumbra la poscrisis? ¿Cuál es el horizonte que podemos pensar y construir? Las opciones que ya se han activado obligan a revisar las formas de participación y vinculación –o de militancia, como se decía antes–. Las dos referencias básicas que se han considerado al caracterizar al sector han sido la donación de dinero y la dedicación de tiempo de trabajo voluntario. La crisis rompió las posibilidades de muchas familias de hacer algo en ambas opciones. Sin embargo, han aparecido mecanismos de vinculación y “movilización” que están mediados por las TIC y ligados a las redes sociales.

Esas “redes” sustituyen el contacto cara a cara, el “hablar” de siempre por el “hablar en la red” –sea Facebook, Twitter, WhatsApp o cualquier otro interfaz–, aunque pueden llegar a generar encuentros presenciales de forma más ágil, con más repercusión y mucho más activos que nunca antes. Los flujos de información y canalización de emociones colectivas han mutado y esto ha de hacer pensar a las entidades del Tercer Sector que también tienen en ello una oportunidad. Aunque, si es cierto que ahora estamos en el tiempo

¹⁶ Véase la Ley Orgánica 1/2002, de 22 de marzo, reguladora del Derecho de Asociación.

¹⁷ Así lo recogía el diario *El País* en su editorial de 7 de noviembre de 1994: “La Plataforma del 0,7% ha servido para dar un aldabonazo social, ahora sólo hace falta que busquemos fórmulas que nos comprometan a todos”. Disponible en: http://elpais.com/diario/1994/11/07/opinion/784162806_850215.html. Para ver más al respecto, Marcuello, Ch. (1996): “El movimiento 0,7: un pulso colectivo”, en *Acciones e investigaciones sociales*, n. 4 (pp. 201-218).

¹⁸ Sobre este asunto nos remitimos a Marcuello, C. et al. (2007): *Capital social y organizaciones no lucrativas en España. El caso de las ONG para el Desarrollo*. Madrid: Fundación BBVA.

de la “sociedad del cansancio”, tal como postula Byung-Chul Han¹⁹, entonces es posible que las lógicas basadas en la militancia tengan que adaptarse a un contexto distinto; donde la fatiga y, en cierta forma, la apatía provocan agotamiento y desconexión, pese a la hiperconectividad. Y dando un paso más de la mano de Han²⁰, su descripción del “enjambre” en el que estamos nos muestra un contexto donde los individuos de este mundo digital no desarrollan ni conjugan el “nosotros”. O dicho desde una perspectiva más próxima, parafraseando algunas ideas de César Rendueles en *Sociofobia*²¹, terminamos pensando que por compartir un “me gusta” o un “tweet”, por estar a la vez mirando las mismas pantallas, estamos haciendo cosas juntos.

Esa diferencia también es un reto que hay que pensar y procesar en el contexto del Tercer Sector. Más aún del lado de quienes quieren una sociedad civil bien organizada y fuerte en un contexto tecnológico y social que ha dejado los mecanismos de control del mundo en manos de los “servidores sirena”, como los denomina Jaron Lanier²². Este autor ya advertía en su libro anterior *You're not a gadget: A manifesto de los peligros del rebaño digital*²³ donde nos hemos metido de lleno, sin meditarlo. En su reflexión, Lanier inyecta una dosis de pensamiento crítico que es pertinente también para dar el paso siguiente.

Mirando más allá de la crisis que nos ha cambiado el mapa, además de tomar conciencia de las nuevas circunstancias, es oportuno identificar varias tendencias arraigadas socialmente y así evitarlas. La primera que se debe superar es esa forma española cainita, estereotipada, que alimenta la sospecha mutua y la desconfianza entre los actores del sistema. En esto se trata de cambiar el chip, aunque sea complicado hacerlo en un tiempo donde los escándalos de corrupción siguen tan presentes. Pese a ello, hemos de apostar por la *sustitución de la duda y la sospecha castradora* respecto del comportamiento de las organizaciones sociales –todavía extendida en las relaciones de los gestores de las Administraciones Públicas con las entidades sociales– y viceversa, la búsqueda de atajos para saltarse reglas –del lado de las organizaciones respecto de las Administraciones–. El sistema de financiación de las actuaciones de las organizaciones del Tercer Sector por parte de las Administraciones Públicas se ha desarrollado tradicionalmente desde el “que no nos engañen”. Funcionarios y supervisores se sienten en la obligación de vigilar y controlar los más mínimos detalles y desviaciones en el

¹⁹ Han, B.-Ch. (2012): *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

²⁰ En este caso nos referimos a Han, B.-Ch. (2014): *En el enjambre*. Barcelona: Herder.

²¹ Rendueles, C. (2013): *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitan Swing.

²² Lanier, J. (2014): *¿Quién controla el futuro?* Barcelona: Debate.

²³ En la versión traducida al español el título usa esta expresión, que no es exactamente el mismo que en el original. La referencia en español es Lanier, J. (2011): *Contra el rebaño digital*. Barcelona: Debate.

gasto –se prima la función de supervisión–, mientras desde las entidades se percibe esa vigilancia como un ejercicio de desconfianza que se olvida de lo esencial: cumplir objetivos propuestos. Pareciera que las Administraciones y sus empleados estuvieran para controlar más que para facilitar y ayudar. Como si la sociedad civil organizada necesitase de un tutelaje que ejerza la vigilancia necesaria ante unas previsibles conductas desviadas. Algo que encaja con lo que dijo hace un año Carlos Lesmes, presidente del Tribunal Supremo: “la Ley está pensada ‘para el robagallinas’ y no para el gran defraudador”. El sistema está pensado para poner trabas y dificultades, no para estimular la confianza mutua y la autonomía.

La segunda tendencia que se debe evitar es *el uso de la subvención a corto plazo de carácter utilitarista*. Antes de la crisis se han dado relaciones de dependencia, fundamentalmente financiera, que han primado a aquellas organizaciones que cumplían funciones útiles para el Gobierno de turno, bien porque cubrían ámbitos donde no podía llegar o bien considerando su propia ideología como referencia. Se trata de modificar ese hábito y pasar de la visión utilitarista de las relaciones con las entidades del Tercer Sector –como si fueran contratos o sub-arrendamientos– a una de concertación, donde los procesos se planifican con visiones a medio y largo plazo. Los instrumentos de gestión tienen que estar pensados para cumplir los objetivos y no quedarse sólo en la vigilancia de los detalles. La sociedad civil organizada no es un personaje secundario ni una competencia de las Administraciones Públicas, ni tiene que estar al servicio del Estado, ni es un sucedáneo del mundo empresarial, al que reducimos a su función de mercado. Las tres dimensiones se complementan en planos distintos del sistema social que formamos entre toda la ciudadanía. Cooperar para una mayor fuerza organizativa y más autonomía política revierte en la mejora del capital social disponible y, por extensión, en más opciones para una sociedad capaz de responder mejor a los contratiempos.

Una tercera tendencia que hay que superar es *el clientelismo y el sectarismo*, promoviendo la eficiencia social²⁴ de las organizaciones del Tercer Sector. De manera intuitiva se percibe que el cambio en el signo político de los gobiernos locales, autonómicos y también central promueve líneas de financiación que van orientadas a apoyar a aquellas organizaciones que comparten valores y visiones. Obviamente, cada gobernante, cada partido político tiende a apostar por proyectos que coinciden con sus criterios. Hasta ese punto se entiende que sea natural. El problema aparece cuando se favorece de manera arbitraria y sin la debida justificación a aquellas entidades y personas que tienen una relación estrecha y clientelar con los gobernantes. O lo que es más grave, cuando se busca eliminar del escenario a quienes divergen

²⁴ Marcuello Servós, Ch. (2014): “Efficiency and Non-Profit Organisations”, en Parra-Luna, F. y Kasparova, E. (2014): *Measuring Organisational Efficiency*. UK: College Publications (pp. 63-79).

y discrepan. En esto las conductas sectarias de las que ya hemos hablado son una antítesis de una sociedad civil fuerte. Sin pluralismo no se puede hablar de nada más. Cabe aquí recordar las palabras finales del segundo volumen de *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville, cuando decía: “Las naciones de nuestros días no pueden hacer que las condiciones no sean iguales en su interior, pero depende de ellas que la igualdad las conduzca a la servidumbre o a la libertad, a las luces o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria”²⁵. Ese propósito viene anticipado unas páginas antes por otra idea que encaja también en este momento en que proponemos mirar más allá de la crisis. Tocqueville decía: “El mundo que surge está todavía medio enterrado bajo las ruinas del mundo que se derrumba, y en medio de la inmensa confusión que presentan los asuntos humanos nadie puede decir lo que quedará en pie de las viejas instituciones y de las antiguas costumbres y lo que acabará por desaparecer”²⁶.

En esta poscrisis una de las tareas es fortalecer el tejido asociativo e introducir mecanismos que reviertan la inercia a instalarnos en la distancia y desresponsabilización respecto de lo común, de las cosas comunes. La participación activa en asociaciones y fundaciones, la creación de proyectos empresariales basados en las personas –como las cooperativas, las sociedades laborales, las empresas de inserción, los centros especiales de empleo–, así como otras formas de participación como la donación de fondos y la dedicación de tiempo voluntario, es un primer paso, pero no suficiente.

Construir un modelo de relaciones económicas basado en las personas es posible, aunque sea muy complicado en un mundo de relaciones sociales aparentemente sustentado en la lógica de que sólo sirve quien “gana” el primero, que premia a los mejores, que se fascina por el *citius, altius, fortius*. El modo de impulsar este cambio de orientación tendrá que sostenerse tanto desde una ciudadanía que apuesta por sí misma como de unas instituciones que no lo impiden. Pero también desde un mercado donde juguemos con criterios que calculen el beneficio en sentido amplio y el interés propio de un modo más inteligente: la desigualdad es un problema que genera más complicaciones sociales²⁷.

En el sector de las organizaciones de acción social es más que evidente que el éxito no debe reducirse sólo al dinero o a la mera utilidad de los individuos. Cada persona en sí misma merece la pena; si no tomamos esto en serio, no será posible cambiar el rumbo. Tradicionalmente, se ha entendido

²⁵ Tocqueville, A. (2010): *La democracia en América*. Madrid: Trotta/Liberty Fund. p. 1.181.

²⁶ *Ibidem*, pp. 1.176-1.177.

²⁷ Véase el informe de Oxfam (2014): *Iguales. Acabemos con la desigualdad extrema. Es hora de cambiar las reglas*. Intermón-Oxfam. Disponible en http://www.oxfamintermon.org/sites/default/files/documentos/files/InformeIGUALES_AcabemosConlaDesigualdadExtrema.pdf

la solidaridad y la reciprocidad como el código funcional de la sociedad civil, que se alejaba de la búsqueda del dinero. Para ello no hacen falta méritos especiales, aunque también sea necesario; la dificultad recurrente es qué normas fijamos y cómo nos las arreglamos colectiva e individualmente para que cada persona tenga lo que necesite y cada uno alcance lo que se merezca.

4. Unas prescripciones posibles

El principio de solidaridad forma parte del ordenamiento constitucional de la democracia española desde 1978. La noción aparece ya en el artículo 2 y se repite en el texto en cuatro ocasiones más para insistir implícitamente en la compensación de las desigualdades entre personas y territorios. Pero escribir y decir no es hacer y conseguir. A pesar de las conquistas, que han sido muchas, queda la duda de dónde nos encontramos. Y quizá por eso es pertinente preguntar: “¿Va a ser o puede ser la solidaridad un componente básico de nuestra sociedad futura, en la que el debilitamiento del Estado de bienestar parece ser más un proceso estructural que un dato coyuntural?”²⁸. Este interrogante que plantea Agustín Blanco se responde con sus propias palabras “En la dialéctica del «socius» y el prójimo, de lo institucional y lo comunitario, hoy parece más necesaria una recuperación de la presencia, el encuentro y la conversación personal para revitalizar el espacio de lo común y construir una sociedad mejor y más justa”. Nuestro Estado, en los rostros de sus distintas Administraciones Públicas, nos ha mostrado que ha fallado en su función redistribuidora, pues ha generado más paradojas de las convenientes²⁹. Un ejemplo son las asimetrías en las prestaciones sanitarias por comunidades autónomas y las que se multiplicarán si llega a efecto la eliminación del Fondo de Cohesión Sanitaria para 2016.

Solidaridad, reciprocidad y participación son pilares vertebradores de la sociedad civil y de la economía social. Al mismo tiempo, hemos aceptado que, por un lado, el Estado se mueve con los códigos del poder, del monopolio de la violencia y de la redistribución de la riqueza con sus políticas fiscales. Y, por otro, al mercado le asignamos el dinero y el afán de lucro. Como si esa recíproca preocupación solidaria no fuese con ninguno de estos otros dos ámbitos. Este aparente canon conceptual necesita completarse. No interesa excluir el principio de solidaridad del mercado ni del Estado. Es más, quizá hay que reinterpretar aquella idea de Adam Smith –“no es de la benevolencia del carnicero, cervecero o panadero de donde obtendremos nuestra cena, sino de su preocupación por sus propios intereses”– que para

²⁸ Blanco Martín, A. (2013): “¿Y quién es mi prójimo? Una relectura de la solidaridad en la sociedad actual”, en *Sal Terrae*, n. 1.180, p. 651.

²⁹ Recuérdese la referencia de la nota 2.

muchos justifica el egoísmo y el interés propio como fundamento de los mecanismos del mercado. Porque el egoísmo no siempre produce resultados socialmente óptimos. Por eso, la distinción y dialéctica entre *socius* y prójimo, que señala Paul Ricoeur, “debe llevarnos a reflexionar sobre cómo combinar sinérgicamente las relaciones personales y los compromisos comunitarios, por un lado, y las relaciones impersonales en las sociedades y los colectivos, por otro, aprovechando la intensidad y la extensión que aportan respectivamente, pero reconociendo la tensión insoluble de ambas perspectivas”³⁰.

Las funciones asignadas habitualmente a las entidades del Tercer Sector, los compromisos que se exigen y atribuyen también han de pedirse a las empresas, a los gobiernos y al conjunto de los actores del sistema social. *No cabe delegar la “solidaridad”, la bondad y el bien hacer en “especialistas”*. Ésta es la primera prescripción. Es una cuestión moral y moralizante, que incide directamente en las costumbres que nos han abocado a un contexto social, político y económico que ha hecho de la codicia una virtud pública y de la envidia un estimulante. Y eso no nos ha dado buenos resultados³¹. No se trata de caer en el *buenismo* que pide a cada sujeto que saque lo mejor de sí, confíe acríticamente y reme a una, en la misma dirección que el resto del pasaje de la barca, sin discutir el rumbo del comandante de turno. Se trata de mostrar que viajamos en una misma chalupa y, al menos, necesitamos que nadie agujeree el casco ni la hunda en el agua. Si estamos condenados a viajar juntos, hemos de buscar mecanismos de cooperación por puro interés propio. Sirva como ejemplo la llegada de los refugiados de Siria y Afganistán: está enfatizando las contradicciones de Europa. La solidaridad fruto de la mala conciencia se activa pasionalmente. Se encienden las alertas y se clama contra los malvados del mundo, contra las políticas internacionales que lo toleran. Pero mantenemos hábitos de consumo. Los Estados fallidos de esa parte de Asia y del resto del planeta tienen mucho que ver con las lógicas económicas y políticas que cultivamos. En tiempos de desregulación y mercantilización para algunos temas, vemos como la fuerza de los Estados europeos legisla más y se dedica a cerrar fronteras en el caso de la llegada de refugiados. Las ONG europeas y los buenos sentimientos llenan de coraje los medios de comunicación. La solidaridad se hace espectáculo. Se regula el asilo y se miden los pasos de la solidaridad instituida. Se agitan al mismo tiempo los sentimientos alimentados por la bondad y la pena –de ver el cadáver de Aylan Curdi en la playa turca de Ali Hoca Burnu– con el lado más oscuro de los impulsos xenófobos que patean a los extranjeros o ponen concertinas y penas de prisión.

³⁰ Ricoeur, P. (1990): “El ‘socius’ y el prójimo”, en *Historia y verdad*. Madrid: Ediciones Encuentro, p. 93.

³¹ Éste es uno de los argumentos de la obra de Robert Skidelsky y Edward Skidelsky (2012): *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una “buena vida”*. Barcelona: Crítica.

Se responde en el corto plazo, pero no se buscan soluciones que piensen en el largo plazo. Ésa es otra prescripción posible, *no basta con atender a lo más inmediato*. Lo urgente tiene que solventarse pensando en cómo queremos continuar viviendo cuando el sol vuelva a salir. Considerando el principio de solidaridad como mecanismo clave, el sistema económico del capitalismo global y tecnológico no puede continuar de este modo. Por eso, como corolario, es necesario trabajar en aquellas formas de *corresponsabilidad global* que garantizan la seguridad de las personas ahí donde se encuentren por encima de los territorios. Esto, que puede parecer una consigna propia del ámbito de las relaciones internacionales, tiene su correlato directo en el Tercer Sector. Sólo desde la conciencia de corresponsabilidad en las cosas comunes podremos pasar a una situación distinta. Al igual que la Plataforma de Afectados por la Hipoteca³² reclama pasar “de la burbuja inmobiliaria al derecho a la vivienda”, adoptando un compromiso directo con las personas y familias desahuciadas, haciendo de su solidaridad un movimiento de presión social para cambiar las normas, también es posible revisar el resto de reglas de juego. De hecho, los llamados “mercados” e “inversores” procuran no arriesgarse en Estados con alta de inseguridad jurídica o donde detectan riesgos elevados de no recuperar su inversión. Del lado de la sociedad civil organizada, el énfasis ha de ponerse en la elaboración de una legislación que atienda a la vulnerabilidad de los sujetos. Sólo la ley y su paraguas protegen en un Estado de derecho, donde hemos de reconsiderar la idea de fraternidad. O, mejor dicho, sororidad, pues la primera no da buenos resultados³³. El objetivo es una mejor sociedad, que de fondo reclama un cambio estructural sostenido; dicho con las palabras de Jorge Bergoglio en su encíclica *Laudatio sí*³⁴, “necesitamos una solidaridad universal nueva”. Pero no para quedarnos en lo superficial: “en las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres” (§ 158).

Para avanzar en esa dirección y tomar decisiones, para mejorar, se necesita información de calidad, datos contrastados y fuentes fiables. En la llamada sociedad de la información o informacional, según se prefiera, donde las TIC permiten acceder a millones de datos, en tiempos de los *big data* y de los sistemas abiertos, es necesaria más transparencia. Pero no porque

³² Véase <http://afectadosporlahipoteca.com/>

³³ Quien quiera ver la diferencia radical entre un término y otro es recomendable que lea el prólogo de Unamuno a su novela *La tía Tula*. Distingue claramente entre la relación de Caín con Abel y la de Antígona con Polinice. Diferencia que también destaca entre las matrias y las patrias.

³⁴ Las encíclicas del Papa Francisco están disponibles en <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals.index.html>

la sociedad civil se esconda o esté ocultando sus datos. Al contrario, como ya dijimos en el informe de 2013, el Tercer Sector en España adolece de “información deficiente, dificultades para el análisis y falta de transparencia”, porque no existen los mecanismos oficiales para producir, supervisar y facilitar la información necesaria. Desde comienzos de la década de los 90 se vienen reclamando³⁵. Si las instituciones no resuelven este reto, difícilmente se podrán tener informes prolongados en el tiempo que permitan rigor en los análisis para conocer y reconocer las aportaciones de las entidades del Tercer Sector; de la economía social. El Instituto Nacional de Estadística tiene conocimiento y capacidad como para poder hacerlo; falta la voluntad política que lo regule y delimite.

5. Para cuando el sol se esconda

De la misma manera que los meteorólogos saben que el tiempo atmosférico cambia y que su trabajo es, precisamente, pronosticar el cambio y adelantarse a lo que va a pasar; en ciencias sociales el reto de la anticipación forma parte de un paradigma emergente³⁶. Nos resulta siempre más fácil contar lo que ha pasado –y no siempre– que adelantarnos a lo que va a pasar. La crisis de 2008 la vieron muy pocos analistas. Los avisos de la burbuja inmobiliaria y su explosión apenas fueron escuchados. En la práctica, se desencadenó un conjunto de cambios que han mutado nuestra cotidianidad. La sociedad en su conjunto ha experimentado sus efectos de manera desigual. La sociedad civil organizada también. Sus entidades han sufrido distintas trayectorias en función de variables diversas relacionadas con su financiación, la fortaleza de su tejido asociativo o su independencia política. En momentos complicados como éstos, las historias de éxito y supervivencia se alternan de manera más llamativa con las de fracaso y desaparición. No es sencillo establecer unos modelos explicativos y prospectivos donde encajar esa diversidad. Aunque sí que se detectan nuevas formas de articulación del malestar ciudadano y, al mismo tiempo, las debilidades de unas entidades que cuentan con poca participación en sus bases sociales. El reto en este punto es adelantar unas claves, no para la salida de esta crisis, sino para preparar la siguiente.

La tentación recurrente es acomodarse e instituir rutinas, aceptar lo que hay, conformarse. Es una tentación que incluso bíblicamente se pone en cuestión en la escena de la transfiguración en el Monte Tabor, donde la idea de plantar tres tiendas encaja con una manera de disfrutar de lo que

³⁵ Rodríguez Cabrero, G. (2000): “La economía política de las organizaciones no lucrativas”, en *Economistas*, n. 83 (pp. 6-17).

³⁶ Véase la conferencia sobre Anticipación (2015) auspiciada por la Universidad de Trento y la UNESCO, entre otras, en <http://www.projectanticipation.org/>

se tiene para quedarse ahí. Distinto a la *destrucción creativa* de Schumpeter, pero similar. En ambos casos se da por hecho un proceso rutinario, uno para quedarse contemplando y otro para contemplar el cambio. Hace falta dar un paso más. En primer lugar, necesitamos una sociedad civil más articulada y activa; esto es lo mismo que decir que cada individuo tenemos el reto de encargarnos de lo propio –obvio– pero también de lo común y público. Eso pasa por incrementar nuestras formas de participación social: como mínimo se trata de hacer bien lo que se lleva entre manos; el ideal, implicarse en entidades sociales. Pero el reto de la movilización nunca se resolverá si sólo viene impuesta. Se educa, se entrena y se disfruta. Para ello hay que invertir recursos y mostrar que merece la pena. Tiene mucho sentido educar para la ciudadanía, siempre y cuando aprendamos a asumir responsabilidades públicas, desde posiciones críticas con la realidad y generadoras de bienestar. Es un reto que hay que resolver personalmente, cada quien como mejor sepa.

Las virtudes cívicas se cultivan. Como sucede con cualquier cultivo, hay preparar el terreno, sembrar, cuidar y mimar, antes de poder cosechar los frutos. Esa sabiduría implícita en esta analogía nos llevaría a apostar por la lógica de los jardineros, de los cultivadores que cuidan de sus huertos porque en ello les va la vida. Pero también hemos de recordar que las formas institucionalizadas y las circunstancias sociales definen límites. Ahí las lógicas de los porteros –*gatekeepers*– condicionan las posibilidades de entrada de información en el sistema. ¿Cuáles son los factores limitantes en la participación ciudadana? ¿Se resuelven creando políticas públicas que la incentiven? Antes vimos que el tutelaje orgánico e institucional no nos dio buenos resultados. Al sistema educativo se le puede pedir que colabore en esta dirección, pero no parece que ésta sea la tendencia. Más bien se espera que el paso por los procesos educativos instituidos termine con el éxito en el empleo. La cadena de montaje que antes configuró las empresas ahora se acepta como natural en la educación. Lejos de formar ciudadanos autónomos y críticos, el objetivo es empleados con más competencias y más competitivos. La meta de unos y otros es tener más poder adquisitivo, para, de ese modo, disfrutar de mayores opciones en nuestra sociedad de consumo. Nos hemos convencido de que la seguridad la da el dinero y el sentido se consigue obteniéndolo. Aunque esto no sea casi nunca así.

Cuando nos hayamos olvidado de esta crisis y de sus efectos, vendrá otro cambio. Llegará otra crisis que afectará a las formas establecidas de hacer y entender la vida cotidiana. Pero los efectos serán distintos si anticipamos escenarios y consolidamos aquellas cosas que nos parecen fundamentales. Si el terremoto llega, nada garantiza que no se produzca la destrucción total, pero podemos hacer edificios más resistentes y flexibles. Eso mismo cabe pensar respecto de la sociedad civil, del mercado y del Estado. Somos los mismos, las mismas personas las que jugamos en el sistema. La división por planos funcionales sirve en el plano analítico, pero no más. La

solidaridad es una tarea que no puede delegarse en especialistas, ni ha de servir para huir de ella, porque no forma parte del programa de beneficios de la empresa de turno.

En el contexto actual es inverosímil que la ciudadanía pueda dar más de sí. Resulta casi imposible participar y sumarse a entidades de ningún tipo cuando las jornadas laborales impiden la conciliación familiar, los salarios son cada vez más ajustados y a la baja y, además, los sistemas de transporte no eficientes restan tiempo para otras actividades. Esas condiciones del entorno no se pueden obviar. Porque hacen inviable que el trabajador, la persona asalariada, pueda ejercer su ciudadanía de manera activa. Habrá que buscar mecanismos de regulación colectiva que permitan cambiarlas. Como tampoco se puede esperar que mejoremos como sociedad y tengamos un Tercer Sector más fuerte mientras la lógica general de las empresas sea conseguir más beneficios, dar más dividendos a sus accionistas y aspirar a crecer infinitamente con mejores resultados en cada ejercicio. El hecho de que grandes corporaciones españolas consigan éxitos en sus balances anuales es una alegría, pero ¿para quién?, ¿en qué ayuda al conjunto?, ¿sobre quién o qué sustentan su rentabilidad?

Igual que la cooperación y la reciprocidad de la sociedad civil organizada tiene un lado oscuro que se da en las organizaciones mafiosas, el sector lucrativo también tiene un lado sombrío. Es el que cuentan de forma testimonial trabajadores que cambian de puesto porque no soportan las conductas y la moral de sus empresas, centrada en obtener beneficios a cualquier precio, sin importar cómo se consiguen. Quizá por esto mismo es más importante que nunca recuperar el papel de la ciudadanía empresarial e incentivar la responsabilidad social corporativa. Son muchos los ejemplos posibles. Aunque tenga sus detractores y no sea oro todo lo que reluce, la afirmación de Juan Roig, propietario de Mercadona, merece ser destacada: “Si hay empresas hay empleo, si hay empleo hay riqueza, y si sabemos gestionarla y somos honrados, hay bienestar”. La rectitud de ánimo y la integridad en el obrar del mundo empresarial contribuirá, sin lugar a dudas, a la mejora de la confianza social y la consolidación de mejores respuestas colectivas a cualquier crisis que pueda venir. La redistribución de la riqueza con salarios y con jornadas laborales cada vez mejores abrirá las posibilidades para hacer una mejor sociedad.

Son pocas las cosas que suceden por azar. Si buscamos las causas para entender cómo hemos llegado a donde estamos, también podemos pensar en qué queremos construir y cómo lo queremos hacer. Por eso mismo, no nos basta con describir los procesos que ya se han producido, también podemos proponer e incluso descartar y optar. Siempre queda un margen para elegir. Incluso cuando no cabe elección, podemos aceptar o no. Desde esa posición, sabiendo que no todo está en nuestras manos, la apuesta es hacer un sitio para las personas derrotadas por el sistema.